

combate y la dureza de sus antiguos protectores podría hacerles continuar la evolución que les transformaría en adversarios. Desde luego trataron de trazarse su senda entre la complacencia y la hostilidad, y se proclamaron *candidatos independientes*. El gobierno no aceptó el calificativo y les replicó muy agriamente por conducto del *Monitor* (1) que, siendo todo el mundo independiente, nadie podía reivindicar ese título. A pesar de semejante réplica, no pudieron persuadirse de que el abandono fuese completo, y algunos de ellos se obstinaron en dar á entender que tenían poderosos padrinos en altas esferas y hasta en las Tullerías. Un día el *Journal des villes et des campagnes* refirió que el emperador había dicho á uno de los 91: «Si no sois el candidato de la administración, seréis el mío.» Hubiera sido una grande imprudencia, de parte del ministro, el dejar que semejantes rumores adquiriesen crédito, y la imprudente gaceta recibió en seguida un apercibimiento. Sólo entonces los infelices candidatos, definitivamente abandonados, se pasaron á la oposición, aunque sin declararse decididos adversarios del gobierno. Católicos, denunciaron en sus circulares los peligros de la Iglesia: pero éstos no eran los únicos peligros que ellos habían discernido, por cuya razón empleaban un lenguaje que no difería mucho del de los liberales más resueltos. Su programa se amplió hasta abarcarlo todo. Señalaron la exageración de los gastos, pidieron una disminución de las cargas militares, proscribieron las expediciones remotas, reclamaron la extensión de las libertades públicas: en el Norte, encarnaron las quejas industriales nacidas del tratado de comercio. El gobierno se irritó de que la defección fuese tan completa; por su parte, los candidatos se indignaron de que se pretendiese prolongar su esclavitud, aun después de haberlos abandonado. Por consiguiente, antes de que terminase la lucha, los amigos de ayer, antes separados por simples matices, iban á tratarse como adversarios, peor aún, como enemigos.

Mientras los católicos se preparaban para una lucha que no habían deseado, los hombres del partido constitucional ó parlamentario reaparecían uno tras otro en la arena. Conociéronse sucesivamente las candidaturas de Remusat en el Alto Garona, de Decazes en la Gironda, de Casimiro Perier en el Isere, de Saint-Marc Girardin en la Alta Viena. Guizot había renunciado á la vida pública, pero su yerno, Cornelis de Witt, se presentó bajo sus auspicios en el Calvados. Todos estos nombres recordaban la monarquía de Julio, y la prensa oficiosa no dejó de denunciar la resurrección del orleanismo. Los candidatos rechazaron el calificativo, no porque fuesen infieles á sus recuerdos, sino porque se preciaban de unir, fuera de toda preferencia dinástica, á todos los que deseaban el fomento de las instituciones representativas. Montalembert, más afecto al grupo católico que á los antiguos partidos, presentó su candidatura en dos departamentos: en el Doubs y en las Costas del Norte. En esto, Odilon Barrot, en una extensa carta dirigida al *Temps*, publicó su profesión de fe: después del 2 de diciembre se había negado á jurar, porque el juramento hubiera equivalido á una aprobación del golpe de Estado: una vez establecido y reco-

(1) *Moniteur* de 23 de abril de 1863.

nocido el gobierno, el escrúpulo hubiera parecido excesivo; por eso solicitaría los sufragios de sus antiguos electores de Estrasburgo. Anunciaron del Sarthe la candidatura de Gustavo de Beaumont, íntimo amigo de Tocqueville. Cuando los directores de los periódicos democráticos, Havin y Gueroult, trabajaban con ardor su candidatura, ¿cómo los periodistas del orleanismo habían de refrenar sus ambiciones? Pero ¿qué diferencia entre la situación de los que arrastrarían á las masas y la situación de los que se verían reducidos á manejar esa cosa ligera, impalpable, que se llama la opinión! Prévost Paradol fué candidato en el Dordoña y en la sexta circunscripción del Sena, donde iba á hallarse en competencia con Cochin, el único candidato parisiense que pertenecía realmente á la capital, en virtud del domicilio transmitido de padre á hijo, en virtud de las liberalidades y servicios hereditarios, en virtud del sacrificio tradicional á los intereses de la gran ciudad. Mientras tanto, los días pasaban y varios jefes parlamentarios prolongaban sus irresoluciones. El más perplejo era Dufaure, ese personaje tan fluctuante en su conducta como firme en su lenguaje. Por fin se decidió á presentar su candidatura en la Gironda y en el Charante Inferior, pero cuando iba á expirar el plazo para la prestación del juramento, de modo que ese retraso iba á ser una dificultad más añadida á los demás obstáculos. De todos los servidores de los regímenes caídos, el más notable era Thiers: éste era candidato en cuatro circunscripciones: en Aix, en Valenciennes, en las Costas del Norte y en el departamento del Sena.

VIII

El Cuerpo legislativo celebraba su última sesión el 7 de mayo, y su presidente, el Sr. de Morny, dió por terminada la legislatura con las siguientes palabras: «Un gobierno sin fiscalización y sin crítica es como un buque sin lastre. La ausencia de contradicción obceca y extravía á veces al poder sin tranquilizar al país. Nuestras discusiones han afianzado la seguridad más de lo que lo hubiera hecho un silencio engañador. A pesar de las más vivas discusiones, las opiniones más distanciadas se han suavizado con tendencia á unirse. ¡Cuántas prevenciones de los primeros días no se han disipado! ¡Cuántas desconfianzas no se han desvanecido! Creo que nadie, ni aun en los puntos más opuestos de esta Asamblea, me querrá desmentir. En cuanto á mí, no he encontrado en todos vosotros más que colegas llenos de consideraciones y de deferencia, y deseo que llevéis de mí el recuerdo que yo conservaré de vosotros. Al deciros á todos adiós, quisiera poder deciros á todos hasta la vista.»

No era posible dirigir á los que partían un saludo más cordial. Aun resonaban en los oídos del público estas palabras amables, cuando de pronto vibró otra nota, tan dura y estridente como armoniosa había sido la primera. A fuerza de encanto personal, Morny hubiera hecho amable al propio despotismo; á fuerza de caprichosas brusquedades, Persigny hubiera hecho antipática á la propia libertad. Acabamos de oír al presidente de la Cámara: he aquí al ministro del Interior.

El 8 de mayo, en una circular á los prefectos, dió á conocer su programa. En ese documento se hubieran

buscado en vano las huellas de las ideas conciliadoras que, tres años antes, suscitaban vivas esperanzas. En vísperas de la lucha electoral reaparecía el hombre de combate.

La instrucción ministerial empezaba por un pomposo elogio del Imperio, que había «restaurado el orden moral, político y religioso, duplicado la fortuna inmobiliaria y acrecentado en 7 ú 8 mil millones la mobiliaria, aumentado en 300 millones la renta pública, surcado todo el territorio de carreteras y ferrocarriles, devuelto, en fin, á nuestra política exterior la influencia que había perdido.» La confianza del país había permitido al príncipe realizar tan grande obra: á esa confianza apelaba de nuevo el soberano. Al llegar á este punto, el Sr. de Persigny se apresuraba á desarrollar la teoría de su predilección: «Si no hubiese en Francia, como en Inglaterra, más que partidos divididos sobre la dirección de los negocios, pero igualmente adictos todos ellos á nuestras instituciones fundamentales, el gobierno podría limitarse, en las elecciones, á asistir á la lucha de los diversos partidos. Pero en un país como el nuestro, que, después de tantas convulsiones, sólo hace diez años que se halla seriamente constituido, hay partidos que aún no son más que facciones. Formados de restos de gobiernos caídos, no procuran penetrar hasta el corazón de nuestras instituciones sino para viciar su principio, y no invocan la libertad sino para volverla contra el Estado.» Aquella «coalición de hostilidades y rencores no alteraba las intenciones generosas del emperador.» «Penetrados del espíritu liberal y democrático de nuestras instituciones,» los prefectos habían de «dejar que se presentasen libremente todas las candidaturas.» «El sufragio es libre,» proclamaba solemnemente el ministro. Era libre, en efecto. Pero esta máxima fastuosa servía como de pasaporte á recomendaciones muy diferentes, y el Sr. de Persigny no afirmaba el principio sino para restringirlo en seguida. «A fin de que la buena fe de las poblaciones no pueda ser engañada con habilidades de lenguaje ó profesiones de fe equívocas, designad de un modo muy manifiesto, como en las elecciones anteriores, los candidatos que inspiren más confianza al gobierno. Que las poblaciones sepan quiénes son los amigos ó los adversarios más ó menos disfrazados del Imperio, y que se pronuncien en completa libertad, pero con perfecto conocimiento de causa.» ¿Quiénes serían los adversarios? Serían, naturalmente, los hombres de los *antiguos partidos*. Serían también (y en esto estribaba sobre todo el interés de la circular) unos cuantos ex diputados que durante la última legislatura habían rebasado los límites de las disidencias permitidas. «El gobierno, en efecto, añadía el ministro, no podía apoyar cerca de los electores sino á hombres muy adictos, sin reserva ni segunda intención, á la dinastía imperial y á nuestras instituciones.» ¿Cuáles habían sido los motivos precisos de exclusión? El Sr. de Persigny se guardaba de explicarlos. Sin embargo, afirmaba, con más energía que verosimilitud, que la votación conocida con el nombre de *voto de los 91* no había sido para nadie la causa determinante del ostracismo. «Jamás, decía él, se nos ha ocurrido buscar votos inspirados por escrúpulos de conciencia.»

Así quedaba proclamada la candidatura oficial. El gobierno había preparado con mucha anticipación el

poderoso mecanismo que le permitiría practicarla con éxito.

Su primera fuerza sería la que le proporcionasen las leyes, unas de fecha antigua y otras dictadas por él. Armado del Código penal y de la ley de 10 de abril de 1834, estaba autorizado para disolver toda asociación y para proscribir toda reunión pública. En 1.º de mayo, una nota del *Monitor* había recordado que todo comité de más de veinte personas estaba prohibido, aunque estuviese distribuido en subcomités que no llegasen á este número de miembros.

El decreto de 1852 sobre la prensa no garantizaba menor seguridad al gobierno. En París, los periódicos eran numerosos y gozaban de una independencia bastante grande para que las candidaturas fuesen en ellos libremente discutidas. La condición de las provincias era muy diferente. En muchos departamentos, el único periódico era el de la prefectura, supeditado al poder por el interés, pues los anuncios judiciales lo enriquecían, y también por el temor, pues la menor temeridad le hubiese hecho perder la existencia. No podía salir ninguna otra publicación periódica sin una autorización previa, de modo que el gobierno no vería surgir ningún nuevo adversario mientras él no quisiese. En cuanto á los periódicos independientes que habían sobrevivido al duro régimen de 1852, el período electoral, que excitaba su actividad, multiplicaba en torno de ellos los peligros. Durante los dos meses que precedieron á las elecciones, hubo ocho que recibieron apercibimientos gubernativos y uno suspendido.

Mal servidos por los periódicos, los candidatos de oposición tenían el recurso de las distribuciones á domicilio ó de los carteles. Pero no escapaban al decreto sobre la prensa sino para caer en los *reglamentos sobre la imprenta*. Una vez dispuestos los boletines ó circulares, los reglamentos sobre la venta callejera ó distribución de impresos y papeles públicos (*colportage*) completaban la serie de los obstáculos legales: cuando, en fin, quedaban fijados los carteles en los muros, venía el guardia rural y los arrancaba.

El gobierno había limitado su campo de batalla. Según la ley vigente, las circunscripciones electorales no estaban calcadas sobre los distritos territoriales, sino basadas en el número de habitantes, á razón de un diputado por cada 35.000 electores. No tenían, pues, nada de inmutable ni de fijo, y con tal de que la cifra aproximada de cada agrupación fuese mantenida, se prestaban á todas las modificaciones, operaciones que el gobierno tenía derecho á hacer por decreto. En veintinueve departamentos las antiguas divisiones habían sido cambiadas de modo que las nuevas favoreciesen á los candidatos oficiales y desconcertaran á los de oposición. La mayor parte de las grandes ciudades habían sido fraccionadas en una porción de trozos, cada uno de los cuales pertenecía á una de las diferentes circunscripciones de la comarca. Por aquel entonces, los provincianos que volvían á París después de una larga ausencia, lo encontraban desconocido, de tal modo lo había transformado Haussmann. Más de un diputado, al volver á su departamento en vísperas de las elecciones, debió experimentar una impresión semejante: sentíase como perdidos en su propio país.

El gobierno había formado sus agentes del mismo

modo que había dispuesto el terreno de la batalla. En materia de elecciones, fué maniobrista sin igual. Los principales agentes eran los prefectos. En la historia del funcionarismo francés, los prefectos del *segundo Imperio* ocuparán un puesto aparte. Los que no los vieron sino en las postrimerías del reinado, avejentados, descorazonados, turbados por direcciones contrarias, dudando de su príncipe y de sí mismos, no pudieron formarse una idea exacta de la influencia que dichos funcionarios ejercieron y del prestigio que durante largo tiempo los sostuvo. En 1863, ninguna debilitación del poder había enervado todavía su autoridad. Ejercían sobre sus administrados una especie de dominación fácil y tranquila. Sus temperamentos eran muy diversos, y habían empleado medios muy diferentes para establecer y consolidar su imperio: éste mandaba bondadosamente con insinuante abandono; aquél dictaba sus resoluciones con estudiada sequedad; el de más allá afectaba la preocupación de los detalles y un conocimiento profundo de los asuntos administrativos, al paso que otros se preciaban de aficionados á los placeres y casi se hubieran ofendido si se les hubiese calificado de laboriosos. A pesar de sus diversidades, tenían rasgos comunes. Al ver su aplomo, nadie hubiera podido creer que existía una oposición ó que la victoria pudiese ser dudosa un momento. Casi ninguno era del país, y hasta de esta circunstancia sacaban partido, proclamándose tanto más imparciales cuanto que estaban exentos de toda pasión local. Lo que les daba mayor influencia era el número infinito de favores que dispensaban ó obtenían para sus administrados: vivían en una época de renovación económica; cada aldea pedía su camino vecinal, cada ciudad su ferrocarril, y de sus labios era esperada ansiosamente la palabra que había de responder á los generales deseos. El reciente decreto de 1861, que en favor de los prefectos despojó á los negociados ministeriales, había creado una pretendida descentralización que en el fondo no era más que una centralización en provecho de aquéllos. En medio de la monotonía de las pequeñas capitales de provincia, las fiestas de la prefectura distraían aún á los que no tenían favor alguno que pedir al prefecto, generalmente amable y generoso. Las candidaturas oficiales se preparaban con tiempo durante las visitas prefecturales de inspección. En la cabeza de partido, que era punto de parada, el candidato se reunía con el prefecto como por casualidad y éste lo presentaba á sus administrados, hablando por él. La misma casualidad se renovaba casi cada día, de suerte que al final del viaje el asunto parecía concluído. El colmo de la habilidad era que en el coche oficial fuese el ingeniero de puentes y calzadas; entonces se apeaban en el momento oportuno; ante los campesinos embobados discutían un trazado, ponían algunos jalones y alzabase un grito de entusiasta gratitud hacia el prefecto, el cual, modestamente, hacía desviar el agradecimiento hacia su candidato. Así aconteció en 1863. En 1852 y 1853, lo raro de las competencias y la certeza del éxito habían quitado valor al triunfo: en 1863, la lucha, sin causar inquietud, era ya bastante viva para excitar el placer de triunfar.

Al acercarse el período electoral, la actividad no tuvo límites. Una de las principales preocupaciones del ministro y de su subordinado fué el negar á varios de

los 91, á los que se habían hecho sospechosos, el título de defensores de la Iglesia. Ciertos prefectos imaginaron á este fin una táctica bastante refinada, que consistía en poner de relieve la última evolución del gobierno imperial, presentar la cuestión romana como una cuestión resuelta, y oponer á los católicos inconsiderados que mezclaban la religión con los negocios civiles otros católicos no menos fieles, pero más tranquilos, menos apasionados y más confiados en la benevolencia del emperador. A estos argumentos se añadieron algunos donativos hechos á las iglesias, algunas pruebas de deferencia, algunos pequeños favores concedidos con discernimiento y muy pregonados. Varios prelados, á quienes conmovió esta conducta, publicaron, en vísperas de las elecciones, una declaración colectiva, coincida con el nombre de *Carta de los siete obispos* (1), declaración concebida con el doble fin de combatir el retraimiento y agrupar todos los votos católicos en favor de las candidaturas de aquellos ex diputados que, por servir al pontificado, habían sufrido el ostracismo.

El gobierno, no satisfecho con aquellos manejos, no desperdiciaba medio alguno de asegurar el triunfo de los candidatos oficiales. Para reunir votos, los procedimientos variaron hasta el infinito. En el Paso de Calais hubo condonaciones de pena en masa por delitos forestales. En el Indre-et-Loire los delitos de caza y de pesca fueron igualmente perdonados, y los gendarmes reunieron á los cazadores furtivos para enterarles de que habían recibido una carta del emperador que les indultaba. En el departamento del Correze, el ministro de Obras públicas recorrió el país poco antes del período electoral, prodigó las promesas y, en aquella pobre región privada de todo, se hizo llamar por el prefecto el «Colbert del siglo XIX.» En el Var, el prefecto proclamó la supresión de los derechos de consumos para ciertas bebidas. En el Charente Inferior, el subprefecto de San Juan de Angely anunció que la contribución sindical adeudada por uno de los pueblos del distrito sería condonada; en el mismo departamento uno de los agentes del candidato de oposición fué detenido y no se le puso en libertad hasta después de haberlo tenido preso durante diez días, sin que lograrse saber el motivo de su detención. Un abuso parecido fué señalado en el departamento del Loira Inferior. En torno del prefecto, todo el ejército administrativo estaba en pie: alcaldes, jueces de paz, inspectores de instrucción pública, comisarios cantonales, gendarmes, estanqueros... Las amenazas de cesantía ó destitución evitaban toda hostilidad, y la esperanza de recompensas estimulaba el celo. Sucedió también que el gobierno se desembarazó temporalmente de los funcionarios sospechosos de tibieza y á quienes no se quería hacer perder el empleo. Así se hizo con el subprefecto de Cambrai.

Voy á abreviar, por temor de que este cuadro de cuarenta años atrás parezca copiado de épocas más recientes. Los contemporáneos han conservado el recuerdo de algunas luchas electorales que entonces parecieron extraordinarias, por lo mucho que su animación contrastaba con la apacible quietud de los tiempos pasados.

En el departamento del Norte, el Sr. Plichón, con

(1) Los firmantes fueron los arzobispos de Cambrai, Tours y Rennes, y los obispos de Metz, Orléans, Nantes y Chartres.

una circunscripción despedazada, sin periódicos, obligado á buscar muy lejos un impresor y espiado en todas sus diligencias, contrabalanceó con su prodigiosa actividad todos los recursos del gobierno.

En el Brie, la rivalidad electoral degeneró en una especie de lucha económica. El candidato, Sr. Garreau, abandonado por el poder, era sostenido por los agricultores del país, grandes cosecheros de trigo é interesados por esto en el alza de los granos. El candidato oficial, Sr. de Faucourt, personificó, independientemente de su voluntad, el interés de los proletarios. Propalóse el rumor de que Garreau era amigo de los agiotistas y que, si le elegían, comerían *pan de paja*.

Uno de los candidatos más combatidos fué el Sr. de Flavigny, personaje de extraordinario mérito y de carácter muy íntegro. El prefecto lo trató como enemigo, le acusó de «enarbolar la bandera blanca» y amenazó al Sr. Gouin, que se presentaba en una circunscripción vecina y era favorable á su colega, con retirarle el apoyo del gobierno si no renunciaba á tan peligrosa amistad. Se puso en conocimiento de ello al emperador, que juzgó el celo excesivo, desaprobó á su agente y ordenó que la candidatura oficial continuase siendo la del señor Gouin, incondicionalmente.

En ninguna parte fué la lucha tan viva como en Grenoble. Allí se presentaba Casimiro Perier, nombre que se había hecho ilustre durante la monarquía de Julio. Para asegurar el triunfo del gobierno, no hubo medida que pareciese temeraria. Habiéndose acordado procesar al *Impartial Dauphinois*, con motivo de uno de los artículos del candidato, la resolución fué anunciada á son de trompa en todos los pueblos, y el día de las elecciones, el prefecto hizo adelantar la salida de los carteros á fin de que distribuyesen por los ámbitos más apartados las últimas instrucciones del gobierno.

De todos los candidatos, el más considerable era Thiers. En París reinaba cierta incertidumbre sobre el carácter de su candidatura. Napoleón, en uno de sus discursos, lo había proclamado el *historiador nacional*. No se ignoraba que estaba relacionado con varios servidores del imperio. En distintas ocasiones había formulado prudentes consejos, destinados á ser repetidos en las esferas oficiales y en las Tullerías. La opinión pública, en vista de todos estos indicios, se había persuadido de que al gobierno no le desagradaría el triunfo de tan ilustre personaje: decíase que el candidato oficial, señor Devinck, sólo era apoyado en apariencia y sería poco á poco abandonado. Persigny era de esos hombres violentos á quienes la lucha exaspera. Como el rumor adquiriese crédito, se indignó, y haciendo á Thiers el honor de una circular especial, se dedicó á restituirle su puesto en las filas enemigas. Fué una acusación de una dureza inaudita contra los hombres de los antiguos partidos. «Lo que quiere el Sr. Thiers, decía el ministro, es el restablecimiento de un régimen que ha sido fatal para Francia y para él mismo; de un régimen halagüeño para la vanidad de algunos y funesto para el bien de todos; que quita la autoridad de su base natural para arrojarla como pasto á las pasiones de la tribuna; que reemplaza el movimiento fecundo de la acción por la agitación estéril de la palabra; que durante diez y ocho años no produjo más que la impotencia en el interior y la debilidad en el exterior, y que, empezado en el mo-

tín, continuó en medio de los ruidos del motín y acabó víctima del motín. No, el sufragio universal no opondrá á los que han sacado al país del abismo los que lo habían dejado caer en él.» Los oficiosos se precipitaron por la vía que indicaba el ministro. En los días siguientes, el *Constitutionnel* agotó su facundia «contra los emigrados de dentro y fuera, contra la gente que nada había aprendido y se figuraba que se había olvidado todo, contra los hombres más viejos aún por sus ideas que por sus años que querían escalar el poder con sus antiguas máquinas de guerra y sus antiguas armaduras (1).»

Estimulado por su jefe, el prefecto del Sena, en una circular de 29 de mayo, reeditó por su cuenta la acusación; y, generalizando sus críticas, censuró no sin razón á esa gran ciudad industrial y comercial que no tenía más candidatos que abogados y periodistas. Sin embargo, los amigos más perspicaces del poder desaprobaban ese desbordamiento, que consideraban peligroso. «El Sr. de Persigny, escribía Merimée, parece un cochero que tira de las riendas y da latigazos á derecha é izquierda (2).» En provincias el lenguaje oficial hubiese intimidado á las poblaciones rurales: en París excitaba el espíritu de contradicción. Hasta entonces el resultado había parecido dudoso; desde aquel momento pareció seguro: «Thiers será elegido,» repetían sin vacilar los más inteligentes.

IX

Las elecciones estaban señaladas para los días 30 y 31 de mayo. El 30 se corría el *premio grande* en el hipódromo de Longchamp, y hubo más concurrencia á lo largo de los Campos Elíseos que en torno de los colegios electorales. Al día siguiente, el aspecto de las cosas cambió. A la caída de la tarde los bulevares se llenaron de gente: llegaban los primeros resultados del escrutinio; corrían de mano en mano, y á la luz de los faroles, improvisados lectores los proclamaban. Desde la instauración del imperio, nunca se había visto semejante afluencia de pueblo. Súpose finalmente el veredicto de la capital: resultaban elegidos los nueve candidatos de la oposición, excepto uno solo, que tenía empate, pero en tales condiciones que aseguraban su triunfo. Entonces estalló una ruidosa alegría en el partido democrático. «París acaba de tomar la revancha del 2 de diciembre,» decían unos. «París acaba de proclamar la República,» añadían otros aún más exaltados. «Sabremos apoderarnos otra vez de París,» había exclamado un día Ernesto Picard en el Cuerpo legislativo. Parecía haberse realizado el pronóstico.

Al día siguiente, las noticias de los departamentos echaron mucha frialdad sobre este ardiente foco. Victoriosa en París, la oposición democrática era vencida en provincias. Apenas habían triunfado en ellas cinco ó seis de sus candidatos: Henón, Glais-Bizoin, Dorián, Havin, elegido en el departamento de la Mancha y en París, y Marie, enviado al Cuerpo legislativo por el departamento de las Bocas del Ródano.

Los legitimistas, que sólo habían presentado candi-

(1) *Constitutionnel*, 27 de mayo de 1863.

(2) *Lettres á Panizzi*, tomo II, pág. 319.